

de los que estuve al mando ;
y luego agregó triste,
lloroso y suspirando :
con hombres como aquéllos
se salva el porvenir.

Como me faltan frases,
erudición, talento
para poder sus glorias
brillantes relatar,
voy sólo á referirte,
y escúchame atento :
el hecho de un patriota...
(y aquí traslado el cuento
que amenizó la dulce
velada del hogar).

Yo entonces no contaba
arriba de seis años,
y sin rendirme al sueño
le oí con atención ;
los hechos y lugares
se olvidan por extraños,
mas su argumento fácil,
ni edad ni desengaños
me lo han podido nunca
borrar del corazón.

« Era en el tiempo aciago
de innúmeras campañas ;
á Hidalgo y á Morelos
mataron sin piedad
los ciegos defensores
del Rey de las Españas ;
y fuimos con Guerrero
del sur á las montañas
para buscar la muerte
ó hallar la libertad.

No he visto nunca á un hombre
más bravo y más entero,
jamás le vimos débil
ni nunca desmayó ;
fué siempre la amenaza
para el soldado ibero ;
indómito, terrible,
inexpugnable, austero
hasta la misma muerte
su audacia respetó.

Donde su augusta mano
clavaba su bandera,
el sol de la victoria
llenábala de luz ;
sencillo en sus costumbres,
y bravo como fiera,
nos daba ejemplo á todos
de la virtud severa
que enseña en sus doctrinas
el Mártir de la Cruz.

Jamás á su semblante
faltó una sonrisa ;
nunca alentó su pecho
ni envidia, ni rencor ;
y en el cuartel ó en marcha,
ya quieto, ya de prisa,
lo mismo en el combate
que en la campestre misa
miraba á sus soldados
con paternal amor.

En veinte hermosos triunfos
en tan terrible guerra
su fama y su renombre
volaron por doquier ;
era la fe y el alma

de nuestra amada tierra,
 fué un águila, no un hombre ;
 su nido fué la sierra ;
 su religión la patria ;
 su código, el Deber.

Juzgó una vez preciso
 buscar de sus soldados,
 alguno que pudiera
 á Méjico venir,
 para explorar secretos,
 á nadie revelados,
 y así nos dijo á todos
 mirándonos formados :
 « — ¿ Quién quiere á cierto encargo
 marchar para morir ? »

— ¡ Yo ! — con sonoro acento
 que retumbó en las rocas
 cada soldado dijo ;
 con ellos, yo también ;
 un espontáneo grito
 salido de mil bocas ;
 el eco de mil almas
 que de entusiasmo locas
 la muerte y los peligros
 miraban con desdén.

Guerrero, conmovido,
 señala en tal momento
 al que avanzando un paso
 al héroe se acercó.
 — ¿ Irás ? — Iré, repuso,
 me sobran fe y aliento,
 iré donde me manden,
 jamás vuestro sargento
 á nadie le ha temido
 ni á nada se negó.

Y vi que fueron ambos
 andando lentamente,
 hablaron en voz baja
 de lo que yo no sé ;
 y cuando la alborada
 iluminó el oriente
 á pie por las montañas
 cantando el insurgente
 sin darnos un abrazo
 á Méjico se fué.

Supimos que aquel hombre
 cual nadie conocía
 del español gobierno
 los usos y la ley,
 porque á las reales tropas
 de joven les servía,
 y lo aceptó Guerrero
 como el mejor espía
 de todos los manejos
 secretos del Virrey.

No bien llegó á esta tierra,
 sus pasos vigilaron ;
 la desconfianza es siempre
 la hermana del temor ;
 de su misión secreta
 los fines sospecharon,
 y para darle muerte
 al fin lo denunciaron
 como insurrecto, espía,
 y tráfuga y traidor.

Entonces aquel hombre
 á quien la suerte avara
 negaba en un instante
 cuanto cumplir soñó,
 impúsose una prueba

tan dura como rara,
y mutiló su cuerpo,
desfiguró su cara,
y en monstruo convertido
en Méjico quedó.

Y dicen que inspiraba
no compasión, espanto ;
inválido, harapiento,
sin nombre y sin hogar,
mezclando en rostro informe
la risa con el llanto,
al prócer y al mendigo
llegó á acercarse tanto,
que supo lo que nadie
del trono y del altar.

Y allá por las montañas
del insurgente abrigo,
cruzando de las selvas
desiertas al través,
miramos muchas veces,
del hecho soy testigo,
llegar junto á Guerrero
un misero mendigo
con espantoso aspecto
y ensangrentados pies.

Como su propia casa
cruzaba el campamento,
sin demandar de nadie
limosna ni piedad,
del inmortal Guerrero
entraba al aposento
para informarle al punto
de todo movimiento,
de cuanto nuevo ó raro
pasaba en la ciudad.

Cada soldado al verlo
de horror se estremecía,
¡ ni un rasgo, ni un indicio
de lo que fuera ayer !
Después de algunos años
llegué á saber un día,
que aquel mendigo monstruo
que nadie conocía
no era otro que el sargento
Francisco Basiyer.

Mas esto yo lo supe
después de haber triunfado ;
que sólo en ese tiempo
su historia conocí ;
hablé con él y dije :

— « ¿ Qué hiciste, desgraciado ? »
— « ¡ Cumplí como patriota,
cumplí como soldado,
y al general Guerrero
cual perro le serví ! »

Era emisario, agente,
explorador, correo,
fué y vino muchas veces
del monte á la ciudad ;
con riesgo de la vida,
cambió, nuevo Proteo,
su forma, ambicionando
por único trofeo
mirar tarde ó temprano
su patria en libertad.

Y realizó este sueño
que le costó mil daños,
y se sintió dichoso,
tranquilo y sin temor,
cuando al cesar la lucha

que ensangrentó diez años,
 augusta y respetada
 de propios y de extraños,
 miró flotando libre
 la enseña tricolor !

A la calleja triste
 donde quedóse ufano
 viviendo aquel sargento
 que nunca he de olvidar,
 « El callejón del Monstruo »
 le llama el vulgo vano.
 ¡ No hay monstruo más sublime!... »
 Callóse el veterano,
 y así acabo la dulce
 velada del hogar !

LOS SIETE PRÍNCIPES

HISTORIA DE UN CUENTO

Yo era un niño. La tarde
 brumosa y fría.
 Yo, metido en mi lecho;
 la alcoba oscura;
 á mi lado, llorando
 la madre mia
 porque me devoraba
 la calentura.

Ignoraba del mundo
 bienes y males;
 no lloraba por nada
 ni me reía;
 corrían de la ventana
 por los cristales
 lágrimas del cielo
 porque llovía.

¡ Oh lluvia rumurosa,
 tarde nublada !
 ¡ Abril lleno de rosas,
 horas divinas !
 ¡ Cuánto se ama la dicha
 cuando es pasada
 y es su dulce recuerdo
 flor sin espinas !

Mi hogar... aun me parece
que lo contemplo,
de una iglesia se alzaba
junto á las ruinas,
y eran de la severa
torre del templo
huéspedes bulliciosos
las golondrinas.

Entre un niño y un ave
que canta ó vuela
no sé qué lazo oculto
Dios ha extendido;
¡ cuántos hondos misterios
guarda una escuela!
¡ cuántos secretos dulces
esconde un nido!

Todo cuanto me amaba
se ha marchitado;
es ley que toca á todos,
mas dura ha sido;
llueve... la alcoba obscura...
mi madre al lado...
y con fiebre... ¡ es un cuadro
que no lo olvido!

— ¿Quieres, dijo mi madre
con dulce acento,
que aquí donde tus horas
corren enfermas,
sin que nadie me escuche
te cuente un cuento,
que me parece bueno
para que duermas?

— ¿Es muy largo? — Es muy corto.
— ¿Triste? — Un poquito;
mas no tanto que asuste

ni cause daños.
Y aquí, cual es, traslado
mi cuentecito
que no ha borrado el paso
de muchos años.

— Pepín, un chiquitillo
gordo y travieso
como tú; no tan terco
ni atolondrado
(y á cada frase de estas
me daba un beso,
dejando cada insulto
recompensado)

andaba, con las piernas
medio desnudas,
corriendo por las calles
cuando llovía,
pues era, como dicen,
la piel de Judas,
que á nadie respetaba
ni obedecía

En la escuela no estuvo
nunca aplicado;
jamás se sacó un premio
ni por deseo,
y le gustaba mucho
pintar venado;
es decir, no ir á clase
sino á paseo.

Gustaba á todas horas
comer de todo;
costumbre que á los niños
enferma y pierde;
era glotón y hambriento,
pero de un modo

que lo engolosinaba
la fruta verde.

Por la noche, en su casa,
paso á pasito,
se iba á robar las cosas
de la despensa.

— ¡ Como yo !
— ¿ Qué así lo haces ?
Vamos, chiquito,
yo ni con alusiones
te haré una ofensa.

Una vez cayó enfermo;
tú no imaginas
cuánto sufren los niños
que no son buenos,
y á tomar se negaba
las medicinas...

— ¿ Como yo ?
— Justamente;
ni más ni menos.

Agravó poco á poco ;
le invadió ardiente
una fiebre que nadie
curarle supo...
Á ver (y me dió un beso)
¡ quema tu frente !
¡ si estarás como el niño
de quien me ocupo !

Su madre le adoraba
como te adora
la tuya que en tí mira
su gran tesoro,
y estaba junto al niño
llora que llora ..
— ¡ Como tú !

— ¡ No ! ¡ No es cierto,
si... yo... no lloro !

Y al decir esta frase
bajo y de prisa,
como quien aparenta
valor y calma,
sus lágrimas bañaron
una sonrisa
que aunque era yo muy niño
me partió el alma !

Aquí surgió un detalle
que no lo pierdo
porque fué testimonio
de su ternura.
— ¿ Murió el niño ? le dije...
— Ya no me acuerdo,
contestó sollozando
con amargura.

— Dímelo... al verlo grave
¿ le perdonaron
todas sus travesuras
á aquel chicuelo ?
— ¡ Siete ángeles hermosos
se lo llevaron
una noche de luna
con rumbo al cielo !

— ¿ Y si á mí me llevaran ?
— Me moriría.

Pero no han de llevarte...
Me siguió hablando,
mas yo, como en un horno,
ya nada oía :
esa noche me vieron
agonizando.

Sólo allá en mi delirio

clara y certera
 oí una voz extraña
 que lenta dijo :
 « Si ha de ser desdichado
 mejor que muera ».
 ¡ Morirse ! Ni de chanza...
 ¡ ¡ morir mi hijo ! !

.....
 Volví al fin á la vida;
 no lo creían
 ni el médico, ni nadie,
 y hallé á mi lado
 un cuadro : era un sepulcro
 donde veían
 siete ángeles á un niño
 resucitado.

Crecí y entré á las tristes
 luchas humanas
 de amarguras, pesares
 y desengaños ;
 y ya huérfano y triste
 peinando canas
 miro con indolencia
 correr los años.

¡ Oh cuadro raro y tierno !
 ¡ santa pintura !
 ¡ reliquia que mi pecho
 con fe venera !

Una voz en tu lienzo
 triste murmura :
 « Si ha de ser desdichado
 mejor que muera ! »

¡ Tesoro que el Destino
 nunca me roba !

¡ Háblame de los seres
 que ya he perdido !
 De la tarde lluviosa,
 la triste alcoba,
 de mi fe y de mis padres
 que ya se han ido.

« Siete príncipes » surgen
 en mi memoria
 con el relato antiguo
 que no he olvidado ;
 se llama así una calle ;
 ¿ será su historia
 la misma de aquel cuento
 que os he contado ?

Si con mis rudos versos
 algo varía,
 y si mi pluma tosca
 la desfigura,
 perdonad... la oí en tarde
 brumosa y fría,
 cuando me devoraba
 la calentura.

LA VELA DE PIEDRA

ADICIÓN DE LA VILLA DE GUADALUPE

Sacude el mar su melena
y son las olas montañas
que coronan refulgentes
ricas diademas de plata.

Niega el sol su viva lumbre
al titán que tiembla y brama,
y el huracán, monstruo negro,
abre sus fúnebres alas.

Todo es en el cielo sombras ;
todo es en el aire ráfagas ;
la lluvia cae á torrentes ;
el rayo doquier estalla ;

cada relámpago alumbrá
un cuadro que impone y pasma
de terror al que lo mira,
á Dios elevando el alma.

Sobre el abismo sin fondo
de las turbulentas aguas,
entre las olas gigantes
que los espacios escalan ;

bajo el manto de tinieblas
que en las regiones más altas

corren en alas del viento
como legión de fantasmas ;

al rumor de las centellas
que difunde la borrasca
y que al reventar convierten
las nubes en rojas ascuas ;

cual hoja que se sacude
para abandonar la rama,
á impulsos de esos ciclones
que á los sabinos descuajan,

en la líquida llanura
zozobra sin esperanzas
ligera nave que en vano
quiso arribar á la playa.

Sus velas poco le sirven
y el maderamen no basta
á resistir los embates
de las ondas encrespadas ;

sus mástiles se doblegan
como en el campo las cañas
y al hundirse en el abismo
ninguna mano la salva.

Es la soledad desierta
su aterradora amenaza ;
la mar su inmenso sepulcro,
y el mudo espacio su lápida.

Los que en la nave caminan
sus oraciones levantan
al Ser que todo lo puede,
y le encomiendan sus almas.

Entre tantos tripulantes
que sobre el abismo viajan
van dos jóvenes que ruegan
al cielo con unción santa.

Pareja noble y dichosa ;
que con ternurá se aman
y que tienen por tesoro
la juventud y la gracia.

Él cumplió los veinte abriles ;
ella por dos no le iguala ;
él es de arrogante porte,
y ella una beldad sin tacha.

Van á buscar á sus padres
que residen en España,
y antes de que la tormenta
su embarcación agitara,

llevaron más ilusiones
risueñas, dulces y castas,
que tiene estrellas el cielo
y tiene arenas la playa.

Él, mirando los horrores
siniestros de la borrasca,
entre la lluvia de rayos
que roncós tronando espantan,

besa á su esposa la frente
al verla derramar lágrimas,
y señalándole el cielo
le dice : — ¡ Ten esperanza !

Dios que al extender su mano
refrena al punto las aguas,
y á quien sumiso obedece
cuanto formó su palabra ;

Dios que es todo y puede todo
es el único que salva
al que en los grandes peligros
su misericordia aclama.

— Pídele tú que nos salve
de una muerte tan amarga,

tan lejos de tantos seres
que nos buscan y nos aman ;

yo me dirijo á quien logra
de Dios lo que nadie alcanza,
á la « Estrella de los Mares »,
á la Virgen sacrosanta.

Yo, cuando fui á despedirme
de mi Virgen mejicana,
« no me abandones, mi madre,
dije llorando á sus plantas ».

Y ella no ha de abandonarnos,
nos sigue con su mirada ;
arrodíllate conmigo
y háblale con toda el alma.

Mira en el triste horizonte
aquella nube de alza,
figurándome en su forma
un paisaje que me encanta,

el cerro agreste y pequeño
entre cuyas rocas áridas
la Virgen de Guadalupe
se apareció en forma humana.

Y la nube se ilumina,
la circunda roja franja
y algo se mueve en el fondo
que parece que me llama.

— Deliras, mujer, deliras...
— Pero mira, se destaca
entre rayos refulgentes
una visión que me encanta.

¡ Es la Virgen de mi tierra !
¡ Mira el ángel á sus plantas
el manto azul y estrellado
como las noches de Anáhuac !

— Santo delirio, hija mía ;
si la Virgen nos salvara
las velas que tiene el barco,
y vamos que son bien anchas,

como ofrenda de su templo
por nosotros regalada
para ejemplo de otros fieles
yo las hiciera de plata.

Y cuando acabó aquel joven
de decir estas palabras,
aplacáronse las olas
quedando la mar en calma.

Las que fueron negras nubes
pronto se tornaron blancas
y asomó la luna en llena
por las estrellas cercada.

Los marineros absortos
de maravilla tan alta
volvieron cantos y risas,
bendiciones y plegarias,

lo que en los tristes momentos
de la deshecha borrasca
fueron horribles blasfemias
y escandalosas palabras.

La nave al fin llegó al puerto :
la gente feliz y sana
refirió el raro portento
confirmándolo con lágrimas.

Y los jóvenes viajeros
avivaron más el ansia
de cumplir una promesa
más que solemne sagrada.

El mástil de aquella nave
que se dobló cual caña

al soplo de la tormenta
fiera y desencadenada,

lleváronselo consigo,
y en otras horas más gratas
trajéronlo hasta la iglesia
de la Virgen mejicana.

Dieron al templo en limosna
lo mismo que les costara
fabricar cual lo ofrecieron
rico velamen de plata.

Y aprovechando aquel mástil
fueron con piedra labradas
las velas que hoy nos recuerdan
el fervor de aquellas almas.

¡ Cuántos ascendiendo al templo
que el cerro en su altura guarda,
frente al monumento humilde
de que mi romance trata,

no saben que es el emblema
de una devoción sin mancha,
de una fe que fué el tesoro
de las edades pasadas,

y que hoy es raro encontrarse
prestando alivio á las almas
á quienes la duda enferma
y el escepticismo amarga !

¡ Oh tradición, tú recoges
sobre tus ligeras alas
lo que la historia no dice
ni el sabio adusto relata !

¡ Toca al narrador agreste
despojarte de tus galas
para entretener con ellas
sus más vistosas guirnaldas !

Al pueblo lo que es del pueblo :
 sus venturas, sus desgracias
 y todo cuanto le atañe
 en su historia y en su patria.

EL CALLEJÓN DEL PINTO

I

Nacido en un pueblo humilde
 de las feraces comarcas,
 que el sur de Méjico esconde
 entre risueñas montañas,

educado desde niño
 en las costumbres honradas
 de labriegos que rebosan
 salud en cuerpo y en alma,

cuando cumplió veinte abriles
 Luis Piedra dejó su casa,
 y se vino á la opulenta
 capital de Nueva España.

Hijo de un clima de fuego,
 donde el sol despide llamas
 que sazonan dulces jugos
 en las cimbradoras palmas ;

donde la tierra en las noches
 despide un vapor que abrasa,
 y la arena es viva lumbre
 y los peñascos son ascuas ,

halló al venir á la tierra
 que lagos tranquilos bañan

y en que sopla fresco ambiente
por la tarde y la mañana,

el bello verjel soñado,
el paraíso que encanta
á los que en el mundo sufren
penas constantes y amargas;

encantóse contemplando
los dos gigantes de Anáhuac
cuyas diademas de nieve
cobija un cielo sin mancha;

deleitáronse sus ojos
al mirar las argentadas
lagunas, que como espejos
el firmamento retratan,

y buscó en el viejo bosque,
que á Chapultepec resguarda,
las sombras de los sabinos
que al aire entregan sus canas.

Luis Piedra buscó sin tregua
la soledad, que extrañaba
en medio de tanto hechizo
sus montes y sus cabañas.

Cuentan los que lo describen
que era su expresión muy franca,
su cuerpo pequeño y débil,
su piel oscura y manchada.

Amante de la lectura
espantóle su ignorancia,
y con intenso entusiasmo
buscó la luz de las aulas.

Un religioso francisco
apoyó sus nobles ansias,
y le sirvió de maestro
en la más docta enseñanza.

Bien pronto aprendió Luis Piedra
cuanto el fraile le inculcara,
y quiso á los pocos meses
tomar órdenes sagradas.

Puesta su virtud á prueba
atendieron su demanda,
y en clase de humilde lego
entró á la milicia santa.

Era para todos raro
contemplar aquella cara
en la que esparció Natura
azules y extensas manchas.

Costumbre de aquellos tiempos
era á personas y casas
ponerles algún apodo
que pronto el vulgo aceptaba.

Y así se llamó á aquel hombre
« el Pinto », sin que esquivaran
decirle así los señores
lo mismo que la canalla.

Él, humilde y entregado
á las más fervientes prácticas,
jamás se ofendió con esto
porque en su interior pensaba :

No son malos los lunares
que Dios nos pone en la cara :
malos son los que escondemos
manchando el fondo del alma.

II

De aquesta ciudad de Méjico,
era, de Dios por la gracia,
y por voluntad á un tiempo
de la sede sacrosanta,

arzobispo, don Alonso
de Núñez de Haro y Peralta,
gloria sin par de la Iglesia
y de virtudes sin tacha;

al décimo octavo siglo
dos décadas le faltaban
para hundirse en el abismo
de las edades pasadas;

y como azote del cielo,
sobre la indígena raza
una peste de viruelas
pavorizó á Nueva España.

La mortandad era horrible,
y nadie miró sin lágrimas
los cuadros que le ofrecieran
lo mismo calles que plazas.

Para hospedar tanto enfermo
y aliviar miseria tanta
y dar seguro refugio
al dolor y á la desgracia,

aquel sublime modelo
de pastores de las almas,
pronto erigió á costa propia,
sin pedir á nadie nada,

un hospital, donde estuvo
de los jesuitas la casa,
y que aun dura en nuestro tiempo
y de San Andrés se llama.

Allí el insigne arzobispo
puso cuatrocientas camas
dando pan y medicina
al que á sus puertas llamaba.

Fué de tugurio en tugurio,
y de cabaña en cabaña,

sin temores de contagio
ni señal de repugnancia,

dando socorro, consuelo,
resignación y esperanzas
á los de una gran familia
sin nombre y desheredada.

Y al lado del buen apóstol
con amor todos miraban
á un lego humilde y discreto
con la faz llena de manchas.

Era Luis Piedra, que siempre,
con la voluntad más grata,
lo mismo á la media noche,
que al rayar la luz del alba,

arrodillado en la estera
donde un pobre agonizaba,
impartía los beneficios
de los ángeles de guarda.

Tan constantes sacrificios.
penalidades tan largas,
y aquella lenta fatiga
hija de piedad tan alta,

tuvieron por desenlace
que el lego al fin enfermara,
y besando un crucifijo
á Dios entregase el alma.

Con gran cortejo de pobres
llegó á su postrer morada
y al raudor correr del tiempo
murió su nombre y su fama.

Del ejemplar arzobispo
no queda marmórea estatua,
pero ni sus obras mueren
ni su memoria se apaga.

Y de aquel varón humilde
nacido entre las montañas
al calor de un sol de fuego
y á la sombra de una palma,

sábese sólo que tuvo
su pobre y austera estancia
en una calleja angosta
á quien hoy el vulgo llama

« del Pinto » ; apodo que dieron
á un ser, que nació con manchas
en el rostro, y que tenía
limpia como armiño el alma.

LA CALLE DE MANRIQUE

Á MI QUERIDO AMIGO ENRIQUE DANIEL

I

Allá en otras eras,
allá en otros tiempos
que al profundo abismo
veloces huyeron,
era libre y fuerte
de Anáhuac el reino.
Jardín escondido,
tesoro encubierto,
jamás sus hogares
lloraron con duelo,
ni á extraños, la frente
sus hijos rindieron.
¡Qué hermosos sus campos
¡qué limpio su cielo!
sus lagos ¡qué azules!
su bosque ¡cuán bello!
Al soplo tan dulce
del plácido viento;
del rayo de luna
al mágico beso;
de tibia alborada
al tinte de fuego,
sus hijos ¡qué ufanos!
¡qué libres vivieron!

¡ Oh Valle que ostentas
 alegre y risueño,
 cuanto el arte llama
 magnífico y bello !
 Levántanse altivos,
 velando tu sueño,
 tus dos invencibles
 atletas de hielo ;
 su púrpura vierten
 las tardes en ellos,
 y doran las albas
 sus mágicos cuerpos.
 ¡ Qué hermosos sumergen,
 cual nadie soberbios,
 su base en la tierra,
 su frente en los cielos !
 ¡ Oh Valle que escondes
 tesoros tan regios,
 que nada te iguala
 en grande y en bello ;
 que formas la envidia
 de artistas supremos
 que en vano pretenden
 copiarte en sus lienzos ;
 tus dioses velaron
 tus gracias sin cuento
 la vez en que viste
 hollando tu suelo
 las plantas osadas
 de extraños guerreros !
 Tus hijos humildes,
 alzaronse presto
 y en lides sangrientas
 diezmados cayeron.
 Su fuerte enemigo,
 manejaba el hierro
 y con él traía

resguardado el seno.
 Lanzaban sus manos
 con hórrido estruendo
 la que aturde y mata
 centella de fuego.
 Cruzaban los campos
 en monstruos inmensos
 que salvan distancias
 con ágiles remos,
 ¡ Oh Valle, tú entonces
 miraste á tu pueblo,
 callado y valiente,
 luchar sin recelo !
 Carcaces de mimbres,
 espadas de leño,
 la faz descubierta,
 desnudos los pechos ;
 por fuertes los montes,
 de amparo los cielos ;
 por gloria el olvido,
 la muerte por premio !
 El bosque sagrado
 fué altar de tu esfuerzo,
 corrió en él la sangre,
 y al ver tanto duelo,
 sus verdes sabinos
 sus ramas cubrieron
 de canas que aun tiemblan
 al soplo del viento !
 ¡ Oh Valle nativo,
 feraz y risueño,
 luchando sin tregua
 tus hijos murieron ;
 apenas si busco
 su gloria en los restos
 de razas humildes
 que pisan tu suelo !

Las nuevas ciudades
de glorias asiento
apenas revelan
tus dichas que huyeron ;
la historia en sus fastos
recoge los hechos,
y en tanto el obscuro
y errante coplero
lo que ella abandona
repite contento.

De aquellas bravuras,
delicias del pueblo,
contáronme varias
que nunca desdeño
y alguna entre todas
decíroslo quiero.

Oíla una noche,
á guisa de cuento,
cuando aun no volaban
mis años primeros ;
halléla más tarde
en libros muy serios ;
es rara aventura,
hermoso suceso
de pasadas eras,
de remotos tiempos.

II

Las calles que hoy llaman
los hijos de Méjico,
Manrique y Esclavo,
históricas fueron.
En ellas un día
los indios soberbios,
á Hernando y los suyos
en fuga pusieron,

y tan presurosos
salvaron el riesgo
que de « Las Carreras »
llamáronles luego.
Cuentan los cronistas
que allí el bravo ibero,
que en la noche triste
lloró de despecho,
se vió acometido,
domeñado, preso,
por la humilde gente
más baja del pueblo.
Una anciana débil
se acercó al guerrero ;
la huesosa mano
le puso en su cuello ;
le cogió la barba
con rabia y denuedo
en ella enredando
los crispados dedos.
Cortés lanzó un grito
de dolor intenso,
trató de librarse,
mas fué vano empeño,
que por muchos brazos
estaba sujeto.
Mirando su angustia,
sus quejas oyendo,
en brioso caballo
se acerca un guerrero,
queriendo arrancarle
del duro tormento ;
mas todo fué en vano,
la anciana en su empeño
de abatir al hombre
de sus odios centro,
se murió á su lado

de rabia ó de miedo.
 Y Cortés gritaba
 empujando el cuerpo,
 cuya flaca mano
 enredó los dedos
 en la espesa barba
 del osado ibero.
 Mirando tal pena
 se pensó al momento
 que cortar la mano
 era el mejor medio.
 Y poniendo en planta
 tan brusco proyecto,
 hicieronlo al punto
 dos arcabuceros,
 y alzó don Hernando
 el rostro mal trecho
 buscando al que pudo
 servirle tan presto.
 — ¿ Tú fuiste, Manrique ?
 — Yo fui.

— « Lo celebro.

Favor y muy grande
 me hiciste y te debo.
 Desde hoy, no lo olviden
 soldados y siervos,
 al sitio en que estamos
 tu nombre daremos :
 « lugar de Manrique »
 diránle los nuestros
 y de tres so'ares
 serás aquí dueño ».
 Y quedó á la calle
 desde aquellos tiempos
 el nombre que aun lleva
 sin desdoro en éstos.
 ¡ Oh Valle nativo

feliz y risueño !
 ¡ de cuántas escenas
 de sangre y de duelo
 has sido el testigo
 solemne y discreto !
 Los años volando
 fugaces huyeron,
 añejas historias
 deja su vüelo,
 y yo, la presente
 relato á este pueblo
 que si no creyere
 la verdad del hecho,
 la escucha con gusto
 y á guisa de cuento.

LA CALLE DE LA MISERICORDIA

I

¡Cuán triste aspecto reviste
la extensa Plaza Mayor!
de noche impone pavor,
por lo sola y por lo triste!

La invade la humilde grey
del pueblo pobre y desnudo,
y la decora el escudo
del palacio del Virrey.

En su polvoso recinto
ni pompa ni lujo ostentan
los que en poder representan
al nieto de Carlos Quinto.

Grandiosa aunque funeral
levántase allí orgullosa
la rica mole anchurosa
de la iglesia Catedral.

Sus torres no concluidas
mal sostienen las campanas
que lanzan preces cristianas
lamentos y despedidas.

Y como triste trofeo
frente al Palacio se mira

algo que sangre respira
y espera siempre á algún reo.

¡La horca! con sus severas
cuerdas de nudo forzado,
y su crujiente tablado,
y sus toscas escaleras.

Al pie de éstas, un montón
de guijarros, donde arteros
declaman los pregoneros
de la Santa Inquisición.

Cerca, el sitio en que se azota
y se mancilla y se infama;
¡tosco pilar que se llama
la vergüenza ó la picota!

Triste es la Plaza en verdad,
triste su raro conjunto,
que la convierte en el punto
más negro de la ciudad.

Los que en la noche serena
de la luna á los reflejos,
cruzan por ella, de lejos
parecen almas en pena.

Y con sus negros vestidos
los nobles en pleno día,
semejan una sombría
procesión de aparecidos.

¡Misterios de aquella edad!
¡Cumpliendo una adversa suerte,
sólo pensaba en la muerte
la mísera humanidad!

Ni renombre ni fortuna,
impulsaba su fe ardiente;
la vida era sólo un puente
entre el féretro y la cuna.